

## LAS REVISTAS

### SOBRE ANGEL SÁNCHEZ RIVERO

Murió en España, no ha mucho, el joven escritor peninsular Angel Sánchez Rivero. Su labor editada es escasa, pero sus colaboraciones en la *Revista de Occidente* y su ensayo sobre Goya, lo acreditaron como uno de los más agudos prosistas españoles del momento presente. Uno de los últimos números de la indicada publicación trae en sus páginas diversos y dispares fragmentos del *Diario* (si así pudiera llamarse) del malogrado escritor, que en realidad son apuntes inconexos sobre diversos temas artísticos y de otro orden, mirados bajo una perspectiva original, inteligente y novedosa. A continuación damos algunos fragmentos:

*Religión.*—Desde hace bastantes años giro alrededor de este problema: la religión. Siempre he sentido que al hablar de religión había que entender, más bien, vida religiosa, y que al decir vida religiosa, lo que había en el fondo era esto: intimidad del alma consigo misma. Para mí el hecho fundamental de la vida religiosa es la oración, la plegaria, y el carácter más profundo de la plegaria es el recogimiento que proporciona al alma sobre sí misma. Por la contextura natural de nuestro

espíritu dispuesto hacia fuera, esta plegaria se dirige a un ser, Dios, creación indispensable para la realidad de la vida religiosa. Pero la realidad positiva es esta vida, la vida del alma. Lo cual no quiere decir que Dios sea una proyección imaginativa; pero su realidad, su verdad, no puede comprenderse más que en el seno de la vida religiosa; desde fuera es un fantoche ridículo. La fe, el fenómeno de la conversión, es que, por un accidente que podríamos designar con la leyenda del huevo de Colón, el alma se alza de plano de la vida religiosa, y súbitamente, la realidad divina le resulta evidente. La conversión no es un convencimiento, no es la sumisión a una supuesta realidad exterior cuya realidad nos parece plausible: es la entrada del alma en la vida religiosa, o sea, su oposición en la intimidad consigo misma. Como es muy difícil que el alma se sostenga sin apoyo en este momento sutilísimo, es natural que la verdad de una religión—cuyo instinto creador de dogmas y ritos ha sido precisamente el hacer posible esta vida religiosa—le parezca súbitamente evidente. Desde hace tiempo venía yo sintiendo todo esto y había intentado varias veces acercarme a la vida religiosa; pero siempre me había resultado un esfuerzo artificioso demasiado reflexivo, demasiado teórico; la unidad viva entre mis convicciones, mis sentimientos religiosos confusos y el régimen de ritos y dogmas de la Iglesia no se producía; después de todos los

ensayos fracasaba y volvía a errores sin rumbo. Es que buscaba la vida religiosa saliendo fuera de mí mismo. No había llegado de una manera neta a la conciencia del estado de paz interior. ¿Se puede llegar por este camino a la vida religiosa concreta? Continuaremos más tarde este tema.

La paz interior está por encima de la eficacia y de la ineficacia, por encima del pesimismo y del optimismo, por encima del bien y del mal, por encima del error y de la verdad; no hay que esperarla de la meditación; la meditación la ahonda, pero no podría encontrarla. El acto de encontrarla es una gracia en el sentido cristiano. Se produce como una aparición súbita y de una vez, aunque no consigamos en el preciso momento ganarla por completo, hacerla penetrar por completo en nuestra vida. La paz interior está por encima del placer y del dolor; no la buscamos como un almohadón para hacer reposar la cabeza dolorida. Pero al mismo tiempo la paz interior es eficacia, optimismo, verdad y dicha, cuando estas palabras se han transfigurado en el sentido supremo que sólo les puede dar la paz interior, que sólo puede comprenderse cuando se está dentro de la paz interior.

El amor propio es uno de los enemigos de la paz interior; enemigo mezquino, pero nos destruye lo mejor de nuestra vida. No pretender ser simpático, no preocuparnos del efecto que se produce, no impresionarse por la manera como nos tratan. Indiferencia, pero no indiferencia agria, hostil, sino indiferencia alegre. La paz interior es, sobre todo, alegría.

El silencio: es el capítulo más importante de la paz interior. De un modo formal la paz interior es silencio.

*Estilo.*—Abandono lacio, sensual, caprichoso; delectación morosa en

las sensaciones, gracia melancólica, ocurrencias errabundas, que serpentean en torno del tema con la modulación inquietante de los grandes oficios. Cansancio y energía ensoñadora, lentitud en el giro, rotundidad muelle. Algo de Rubens lánguido; con toda la brutalidad de la carne, más una íntima nostalgia de no se sabe bien qué sea. La atención, floja; el pensamiento, con la rienda abandonada, al azar de las ocurrencias, a la deriva de la sensación. Vivir sintiendo siempre el empuje secreto de los instintos, las llamadas del deseo y el azar de la aventura. Pasividad, ductilidad. Romanticismo sin llama, un rescolido que brilla entre las cenizas y se consume sin dar pábulo al aire: Estilo moderno.

*Aristocracia.*— Toda aristocracia principia por la fuerza; después es fuerza y elegancia; por último, no es más que elegancia. La república de Venecia, oligarquía aristocrática, ha seguido esta trayectoria. La nobleza francesa, evolucionó del mismo modo. Si Francia no hubiese dispuesto de otras fuerzas, hubiera terminado en el Carnaval veneciano. Pero Francia pudo producir un Napoleón.

La inestabilidad de la burguesía moderna impide que se verifique en ella esta transformación.

Tales son algunas bellas anotaciones del diario de Sánchez Rivero. En todas ellas el escritor difunto puso lo mejor de su aguda sensibilidad, de su claro talento. ATENEA, al dar a conocer fragmentos de sus producciones, cree rendir el homenaje más serio y más reverente en la triste ocasión de su fallecimiento.

#### PROUST Y LA MÚSICA

En el último número de *Nosotros* de Buenos Aires se publica un